

El misterio de la cruz en la experiencia espiritual de San Luis María Grignon de Montfort



Significado de la palabra cruz:

El significado propio:

- el antiguo instrumento de tortura para los condenados al que Jesús fue sometido...
- crucifijos, calvarios, insignias...

En sentido figurado:

- todo lo que deriva de la opción por Cristo, por el Evangelio o en el servicio al Evangelio...

(cf. Mt 5:11; Fil 1:29; 2 Ts 1:5; 2 Tm 1:8; 2:8ss).

El sentido se extendió a las pruebas, obstáculos, dificultades de la vida, soportadas o aceptadas por el cristiano, en unión con los sufrimientos de Cristo, para prolongar en la Iglesia la misión de Jesús Salvador.

I. ST L.M.DE MONTFORT Y LA CRUZ EN EL CONTEXTO DEL SIGLO XVII.

La fisonomía espiritual de un santo está moldeada ante todo por su fidelidad al Evangelio y a las iniciativas del Espíritu Santo. Pero siempre está marcada por la tradición de la Iglesia y por las corrientes de la época y el medio en que se mueve. A Montfort le gustaba así confrontar sus aspiraciones más profundas y su experiencia de vida con los escritos de autores espirituales confirmados. Pero sin renunciar a ser él mismo, como Dios lo modeló.

Sus referencias sobre el misterio de la cruz

- Henri Boudon Los Santos Caminos de la Cruz
- Joseph Surin las Cartas Espirituales
- M. Olier (Fundador del seminario de San Sulpicio en París) y el contexto sulpiciano donde se formó durante ocho años.

Montfort se convertirá gradualmente en él mismo sólo después de su salida de San Sulpicio. Continuará su propio itinerario espiritual y apostólico, siempre marcado por la cruz, como consecuencia normal de su decisión de vivir al pie de la letra las exigencias del Evangelio.

II. LA CRUZ EN LA VIDA DE MONTFORT

1. Sus pruebas

1700: su estancia de seis meses en Saint Clément de Nantes al final del seminario, sufre de inacción.

Cinco años de prueba y error (Tâtonnement) para encontrar su camino (a partir de 1706, tras un encuentro con el Papa en Roma en 1706).

Rechazo del hospital de Poitiers, luego del hospital de Salpêtrière

Desaprobado por sus antiguos directores espirituales y abandonado por sus viejos amigos. (cf. L.15)

1703: experiencia de la rue du Pot-de-Fer en París viviendo en un lugar miserable y reducido. Está "más que nunca empobrecido, crucificado, humillado" (cf. C. 16).

Una experiencia humanamente terrible de rechazo y humillación para este hombre de treinta años, una experiencia espiritual extraordinaria para quien imploró incesantemente el "tesoro infinito" de la Sabiduría (C.15).

1706: A su regreso de Roma, como misionero apostólico, tendrá la cruz como compañera de vida hasta la muerte. Su predicación molesta y le genera enemigos. Fue criticado por los detractores que lo llamaron "corredor", "aventurero", "hipócrita", "anticristo", mientras que el pueblo humilde veía en él al "buen Padre de Montfort". Intentarán quitarle la vida (Rochelle...). Se le prohibió o rechazó varias veces en siete diócesis por informes injustos o por su celo intempestivo, aunque siempre quiso ser fiel a las directrices de los obispos. Su sufrimiento era tanto más intenso en estas circunstancias cuanto que los cristianos iban a ser privados de los beneficios de la misión. Y los que lo acompañaban fueron condenados a compartir su cruz.

Testimonio en la carta a su hermana Guyonne Jeanne de **1713:** «Si conocieras en detalle mis cruces y humillaciones, dudo que tuvieras tantas ansias de verme. En efecto, no puedo llegar a ninguna parte sin hacer partícipes de mi cruz a mis mejores amigos, frecuentemente a pesar mío y a pesar de ellos. Todo el que me defiende o se declara en mi favor, tiene que sufrir por ello [...] Siempre alerta, siempre sobre espinas, siempre sobre guijarros afilados, me encuentro como una pelota en juego: tan pronto la arrojan de un lado, ya la rechazan del otro, golpeándola con violencia. Es el destino de este pobre pecador. Así estoy, sin tregua ni descanso, desde hace trece años, cuando salí de San Sulpicio.» (cf. C. 26).

Esta carta, como las que seguirán, lleva **las palabras** en exergo "Viva Jesús, viva su Cruz"; hasta entonces las había comenzado con estas palabras: "El amor puro de Dios reina en nuestros corazones".

Revivir la vida bautismal entre los cristianos a través de la predicación es su objetivo. Acepta la consecuencia o el precio: "luchar contra los demonios del infierno, hacer la guerra al mundo y a los mundanos" (cf. C. 24). Así, invita a su hermana religiosa a rezar en comunidad por él *"para obtener de Jesús crucificado la fuerza para llevar las cruces más duras y más pesadas como pajas, para resistir con un frente de bronce a los poderes del infierno"* (cf. C. 24).

Morirá prematuramente sin haber completado su obra de fundador, una suprema pérdida para quien durante dieciséis años no dejó de rogar a Dios con confianza para obtener una compañía de sacerdotes misioneros.

2. El crucifijo, los calvarios

Montfort, como estudiante, "llevaba siempre consigo un crucifijo y una imagen de la Santísima Virgen en relieve. "El crucifijo y la imagen de la Santísima Virgen fueron, a lo largo de toda su vida [...] su único recurso para todo lo que emprendió. "El Papa Clemente XI había adjuntado a su crucifijo de marfil una indulgencia plenaria para todos aquellos que lo besaran a la hora de la muerte. Lo sostuvo en su mano derecha durante sus últimas horas y así bendijo a sus últimos visitantes. En Montfort-la-Cane, en 1707, en lugar de predicar, sacó su crucifijo de Roma, lo contempló detenidamente y estalló en lágrimas; bajando del púlpito sin decir una palabra, lo presentó para besar a todos. Todos se emocionaron y se arrepintieron. El objetivo se logró. También blandió su crucifijo como un arma pacífica para separar a unos jóvenes que se batían en duelo, o como una manifestación de protesta contra el libertinaje o las obscenidades: "Que los que aman a Jesucristo se unan a mí para adorarlo".

En 1713, al superior de la comunidad del Espíritu Santo, que le pidió alguna señal de su amistad, le dio "un pequeño crucifijo del largo de un dedo, diciendo: 'esto es lo más precioso que tengo en el mundo, se lo doy'; [...] este pequeño crucifijo estaba gastado por el uso frecuente que el Sr. de Montfort había hecho de él para besarlo.

Durante las misiones, distribuyó pequeñas cruces de tela a los participantes. Pero uno de los puntos

culminantes de la misión era la bendición de un calvario. En un lugar generalmente alto, una gran cruz debía recordar a todos, el compromiso de Dios de salvar a la humanidad y el compromiso del bautizado de llevar su cruz todos los días siguiendo los pasos de su Maestro. Era otra forma de grabar en los corazones, como lo estaba en el suyo, la devoción y el amor de Jesucristo crucificado, y un poderoso medio de celebrar y perpetuar el triunfo del Calvario.

Pontchâteau (1708-1710)

[...] Durante dieciséis meses, cada día, varios cientos de voluntarios trabajaron en esta grandiosa empresa: una cruz gigante de más de quince metros de altura, enmarcada por las de los ladrones, estatuas de María, Juan y Magdalena, todas ellas en la cima de un montículo de unos treinta metros, visible desde treinta kilómetros de distancia; había también tres capillas y una plantación de abetos y cipreses que simbolizaban las decenas del rosario. El calvario, cuya bendición fue prohibida por el obispo de Nantes, fue destruido un poco más tarde. **1712** en Sallertaine, un nuevo proyecto de calvario (más modesto). Unas semanas después de la bendición, a instigación de los enemigos de Montfort, el gobernador decidió la destrucción del calvario.

Cada vez, la gloriosa cruz privada de triunfo y veneración popular se convertía en una dolorosa cruz plantada en el corazón de cada uno, dando un fruto duradero.

En **abril de 1716** en Saint Laurent-sur-Sèvre, el calvario de su última misión fue erigido el día después de su muerte unas horas antes de su entierro.

3. Cómo Montfort lleva su cruz

El acontecimiento del calvario de Pontchâteau y las semanas que siguieron nos permiten comprender de primera mano cómo Montfort afrontó la prueba. Con el acuerdo previo del Obispo, todo estaba listo para la bendición del 13 de septiembre de 1710. A las cuatro de la tarde, prohibición de proceder a la bendición: orden del rey, notificada por el obispo de Nantes. Montfort camina toda la noche, va a buscar al obispo para aclararse. La prohibición se mantiene. Sin cambiar nada de su programa, comienza el domingo siguiente, la misión de Saint Molf en la misma diócesis. Desde las primeras semanas, se le prohíbe predicar y confesar en toda la diócesis. Al leer la notificación del Obispo, llora. Y, sin embargo, el portador del mensaje "no lo vio

ni preocupado ni amargado: el sufrimiento y el silencio fue la única actitud que tomó en este tipo de ocasiones". Otra visita al Obispo, "esperando que se revocara la prohibición". Fue para conocer por boca del Prelado que el calvario de Pontchâteau sería destruido. Luego hizo un retiro (en la casa de los jesuitas en Nantes) con una serenidad asombrosa, guardando silencio sobre todo lo que había sucedido. A los visitantes que abordaron el tema, les respondió: "No tengo ni pena ni dolor, soy feliz.». Feliz y gozoso en sus sufrimientos apostólicos (C. 26), Montfort invita a los que le rodean a dar gracias a Dios con él (C. 24), a recitar el Te Deum.

III. LA DOCTRINA DEL PADRE DE MONTFORT SOBRE LA CRUZ (*Dicc. Croix. p. 334ss*)

Desde el A.T. y el N.T., Montfort releyó a su manera el plan de Dios para la humanidad, un plan eterno de amor, vida y salvación. Para realizar este plan, Dios optó por la Encarnación redentora.

1- La cruz en la vida de Cristo

a) La encarnación redentora.

Es "el primer misterio de Jesucristo, [...] un compendio de todos los misterios que contiene la voluntad y la gracia de todos" (VD 248), hace posible todos los demás (Misterio en el sentido del siglo XVII, = los diversos acontecimientos de la vida de Cristo y de María, que siguen dando fruto en la medida en que son contemplados, meditados, vividos).

Es como Verbo Encarnado que Cristo pudo nacer, enseñar, sufrir, morir y resucitar.

Montfort habla de esto como "el más grande misterio de la Sabiduría eterna" (ASE 167, AC 26, C.19,1).

Al elegir la Encarnación, para compartir nuestra condición humana, Cristo eligió un estado de sufrimiento, se estableció voluntariamente en un estado de cruz.

b) Cristo tendido en la cruz

En ASE Montfort nos muestra así que Jesús la Sabiduría Encarnada eligió la cruz desde su encarnación hasta su muerte real en la cruz (cf. ASE 169, 170). Esta doctrina monfortiana es el resultado de la influencia de los autores espirituales del siglo XVII. (Cf. arriba)

(Un detalle revelador: en la estatua de Nuestra Señora del Camino que lleva al Niño Jesús, que se dice que fue esculpida por él, el Niño Jesús ya tiene la cicatriz en el lado atravesado. Recordatorio del

misterio de la cruz en todas las etapas de la vida de Jesús)

Al describir los sufrimientos soportados por Cristo (ASE ch. 13), Montfort subraya su causa o significado: el amor al hombre. Es por él que camina con la cruz, que se desposa con la cruz (ASE 170), que se pega a la cruz (ASE 171), que se identifica con la cruz (ASE 172). Después de haberla elegido "en el seno del Padre" (ASE 190) y de haber renovado esta elección en el seno de María (ASE 170), "todas sus búsquedas, todos sus deseos, tendían a la cruz" (ASE 170; cf. C. 19).

c) Misterio de amor y sabiduría

Sabiduría Eterna, Jesucristo podría haber ganado el corazón de los hombres por otros medios que el de la cruz (encantos, placeres, grandeza, sin humillaciones... (cf. ASE 168), pero no lo hizo. Renunciando a la alegría que le correspondería, soportó la cruz (Hebreos 12:2), cf. también Filipenses 2:6-8: "*Cristo Jesús, teniendo la condición de Dios, no tenía celos del rango que lo igualaba a Dios. Pero se anonadó a sí mismo, tomando la condición de sirviente, convirtiéndose en un hombre. Reconocido como hombre en su apariencia, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, incluso la muerte en la cruz*". Si Dios ha elegido la cruz, entonces ya no es locura, ignominia o escándalo, se convierte en sabiduría suprema, condena a la sabiduría humana corta de miras, la sabiduría terrenal de la que habla Santiago, la de los bienes de la tierra (ASE 80), la sabiduría carnal (Cf. ASE 80, 81, 82). Tal es el razonamiento de Montfort en pocas palabras. Y Dios no cambiará. La Sabiduría Eterna está unida a la cruz en un vínculo indisoluble, en una alianza eterna. Por lo tanto, es imposible encontrarla de ahora en adelante por otros caminos. "Nunca la cruz sin Jesús ni Jesús sin la cruz" (ASE 172; 180).

d) Misterio de sufrimiento y gloria

La unión indisoluble de Jesucristo Sabiduría y la cruz se concreta en el Calvario, donde se entregan el uno al otro (cf. ASE 170-171). Cristo se entregó a sí mismo, abandonado a la cruz. La privación hasta el extremo, los sufrimientos físicos y morales, la presencia de su madre al pie de la Cruz, el "abandono del Padre", son todos los tormentos del hombre doliente por excelencia (cf. ASE 155-162). Montfort habla poco de la resurrección. ¿Sería el sufrimiento y la muerte un punto final? No, en absoluto. Como los autores de su tiempo, Montfort

celebra "el triunfo de la Sabiduría eterna en la Cruz y a través de la Cruz" (ASE cap. XV).

La canción 19 resume el triunfo de la Cruz. Montfort considera la Cruz de Cristo como un trofeo de victoria, digno de adoración (ASE 172). Mientras tanto, la Cruz es un signo para reunir a los soldados de Cristo para volar de victoria en victoria (ASE 173), ya que "Cristo crucificado... se ha convertido en poder de Dios" (1 Cor 1:23-24). Su triunfo se manifiesta aquí en la tierra por la alegría interior, la paz y la dulzura de Cristo.

2- La cruz en la vida del cristiano

a) El bautismo y sus requisitos

¿No lo sabes? Todos los que estamos unidos a Cristo Jesús por el bautismo estamos unidos a su muerte. Si, por lo tanto, por el bautismo que nos une a su muerte, hemos sido sepultados con Él, es para que también nosotros podamos llevar una vida nueva, como Cristo que, por la omnipotencia del Padre, ha resucitado de entre los muertos. (Romanos 6:3-4)

Al sumergirse en el agua, símbolo del Espíritu, enterró al pecador en la muerte de Cristo, y sale de ella como una nueva criatura (Col 2, 12; 2 Cor 5, 17). Lógicamente invitado a vivir como un "hombre nuevo" (Ef 2:15), el cristiano permanece enfrentado al pecado toda su vida. La oposición entre el "hombre viejo" y el "hombre nuevo", entre "la carne y el espíritu", es una fuente de renuncia y sufrimiento. ...] "Llevamos por todas partes y siempre los sufrimientos mortales de Jesús en nuestros cuerpos, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos" (2 Cor 4:10).

Montfort no ignora esta doctrina paulina del bautismo, pero cambiará el acento hacia el misterio de la Encarnación. "Dios Hijo quiere ser formado y, por así decirlo, encarnarse cada día en sus miembros" (VD 31). No somos nuestros, sino de Cristo (1 Cor 6:19), "totalmente suyos como sus miembros" (VD 68) y como tales asociados de manera especial a su cruz. En definitiva, el bautizado es puesto en la cruz con Cristo. Las promesas del bautismo son una decisión de seguir a Cristo incluso en sus sufrimientos: "Me entrego por completo a Jesús, para llevar mi cruz tras sus pasos".

b) La perfecta consagración a María y a la cruz

La perfecta consagración a Jesucristo por las manos de María siendo "una perfecta renovación de los votos y promesas del santo bautismo" (VD 120), quien se compromete a ello acepta llevar su cruz en el seguimiento de Cristo "todos los días de su vida". Consiste en "dar, consagrar y sacrificarse voluntariamente y por amor", en renunciar al "derecho de disponer de sí mismo" (SM 29), ella (la perfecta consagración) no está exenta de algún desgarramiento interior.

El perfecto servidor de "Jesús en María" se inclina hacia el cumplimiento de la voluntad del Padre, como el que decidió seguir Cristo (cf. ASE 187).

Según Montfort, quien ha encontrado a María por verdadera devoción está más acosado por cruces y sufrimientos que ningún otro, "porque María, siendo la madre de los vivos, da a todos sus hijos pedazos del Árbol de la Vida que es la cruz de Jesús" (SM 22). (SM 22) "Tallando buenas cruces les da (también) la gracia de llevarlas con paciencia e incluso con alegría, de modo que las cruces que da a los suyos se parecen más a mermeladas o cruces confitadas que a cruces amargas (SM 22).

c) La cruz, el camino de la sabiduría

La cruz es "menos un objeto de contemplación y una efusión sensitiva que un misterio a profundizar y a vivir". No basta con proclamar que la Sabiduría es la Cruz y que la cruz es la Sabiduría. Hay que ponerse en la escuela del Maestro: "Sólo Jesucristo puede enseñaros y haceros gustar este misterio por su gracia victoriosa" (AC 26). Aquel que sabe "llevar mejor su cruz, cuando no conoce ni A ni B, es el más erudito de todos". ASE 179.

Por lo tanto, es necesario "pedir la sabiduría de la cruz, que es una ciencia sabrosa y experimental de la verdad [...] pedirla incesantemente y con fuerza, sin vacilación, sin temor a no obtenerla", y se ve "claramente, por experiencia, cómo puede ser que se desee, se busque y se pruebe la cruz" (AC 45). Hay que ser humilde, pequeño, mortificado e introspectivo para conocer el misterio de la Cruz (AC 45). Gracia que "debe ser merecida por una gran fidelidad y grandes obras" (ASE 174), que

Dios concede solo a sus "más grandes amigos, después de muchas oraciones, deseos y súplicas" (ASE 175; 103; 173). Hace que la palabra del misionero sea fecunda. "Nunca he hecho más conversiones que después de las prohibiciones más sangrientas e injustas" (C. 26).

d) La cruz como signo de amor

En una carta a la Madre San José, una monja del Santísimo Sacramento Montfort llega a escribir: "Tu alma lleva una gran y pesada cruz. ¡Oh, qué felicidad para ella! Que tenga confianza en que Dios, toda bondad, seguirá haciéndola sufrir [...] es la prueba de que es ciertamente amada. Te lo aseguro, porque la mejor señal de que uno es amado por Dios es cuando es odiado por el mundo y acosado por las cruces" (C. 13).

Para el hombre pecador, la cruz es un "castigo amoroso" [...] además "acompañado de dulzura y méritos" y "seguido de recompensas en el tiempo y la eternidad" (AC 21). [...] Montfort insiste en el tacto y la delicadeza de Dios distribuyendo las cruces "en proporción a nuestra debilidad" (ASE 103). Cada uno recibe "su cruz y no la de otro".

A cambio, el cristiano que la acoge y se hace cargo de ella encuentra en su cruz la oportunidad de manifestar su amor a Dios (cf. ASE 176).

a) Alegría en los sufrimientos de la cruz

Por el bautismo la persona se convierte en "discípulo de Cristo" que se compromete a renunciar a sí mismo, a tomar y llevar su cruz, siguiendo las huellas de su Maestro. Así, el bautizado debe esperar librar una batalla con Satanás y con el mundo, en la medida en que se toma en serio y decide vivir el compromiso bautismal dedicándose a María (VD 50, 54; PE 18). [...] Poco a poco Cristo asocia al cristiano con su propia cruz de muchas maneras: dolores, enfermedades, penas espirituales, sequías, incomprensiones de parientes y amigos, sufrimientos ocultos que nadie puede aliviar (cf. AC 18). Debe "renunciar a sí mismo, despojarse del viejo hombre... (cf. VD 221), en una palabra, morir a sí mismo cada día (VD 81; cf. mortificación universal y continua ASE 196).

Cuando se lleva bien, la cruz produce alegría en el alma. Montfort carece de palabras para expresar esta alegría de la que habla como conocedor. Escribe: "Imaginemos todas las alegrías más grandes de la tierra, la alegría [...] de un pobre que se llena de toda clase de riquezas; [...] la alegría de un campesino que asciende hasta el trono; la alegría de un comerciante que gana millones de oro; la alegría de los generales del ejército que obtienen victorias; la alegría de los cautivos que son liberados de sus grilletes", ¡todas estas alegrías son muy pequeñas! La alegría "de un crucificado, que sufre bien, los abarca y los supera a todos" (AC 34). (Cf. la perfecta alegría de Francisco de Asís, apéndice 2).

¿Y quién dirá la gloria alcanzada para el cielo cuando la muerte haya transformado por un momento el peso del sufrimiento en el peso eterno de la gloria? (ASE 170). [...] (cf. *Bienaventuranzas Mt 5,10*) *Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. 11 Bienaventurados seréis si os insultan, os persiguen y dicen toda clase de maldades contra vosotros falsamente, por mi causa*).

3. Para entender (y vivir) la enseñanza de Montfort

a) Lógica cristiana

A primera vista, el comportamiento de Montfort y sus enseñanzas sobre la cruz parecen fuera de lo común. ¿No hay una tendencia masoquista o una atracción morbosa por el sufrimiento en el joven estudiante que regularmente llevaba cilicio y se imponía disciplinas, dormía muy poco y disfrutaba mirando y contemplando los rostros de los muertos? ¿Era normal el hombre de treinta y cinco años que pensaba que la misión de Vertou iba mal cuando, a juicio de sus colaboradores, iba lo mejor del mundo? ¿Cómo debemos interpretar el "pas de croix quelle croix" ("ninguna cruz, ¡qué cruz!") que lanzó en esta ocasión? ¿Qué sentimientos animaron al "Montfort Fundador" algunos meses antes de su muerte, cuando deseó a su comunidad de las Hijas de la Sabiduría "un año lleno de luchas y de victorias, de cruces y de pobreza y de desprecio" (C.32)? Sin negar un cierto desdén por la naturaleza

humana, sus motivaciones más profundas se encuentran en otro lugar.

"Dios Sólo", Jesucristo Sabiduría encarnada y crucificada, su Evangelio, son sus únicas referencias. Por intuición espiritual y gracia, comprendió que Dios mismo, para salvar al hombre, eligió el camino del sufrimiento y del calvario. Como bautizado y misionero, debe tomar el mismo camino. Caminar tras los pasos de Jesucristo obliga a elegir un arte de vivir que es opuesto al del mundo. La lucha contra la sabiduría mundana genera pruebas que son fuente de vida y garantía de fecundidad. ...] Montfort invita a todos los "amigos" de Jesucristo a comprender la necesidad de esto y a comprometerse sin concesiones. Y puede prometerles la alegría espiritual, la alegría de las bienaventuranzas, el fruto del Espíritu en el alma fiel, por haber probado personalmente su dulzura en las profundidades de su abandono. De ahí a desear cruces para sí mismo y para los demás, sólo hay un paso que él da felizmente.

a) ¿Sabiduría o locura?

Ciertas declaraciones o atajos en el lenguaje de Montfort pueden dar lugar a falsas interpretaciones de su doctrina espiritual, especialmente cuando habla de la cruz. Ejemplo en ASE ch. XIV: "La Sabiduría se complace en ella, la valora entre todo lo que hay de grande y brillante en el cielo y en la tierra (ASE 168) etc. (ASE 170, 177, 180). ...] Tomar estas expresiones abruptas sin más, o sacarlas de su contexto, nos llevaría a considerar a Dios como un ser perverso que se deleita en el sufrimiento humano. Se iluminan parcialmente cuando vemos en ellas la manifestación extrema del amor y la amistad de Dios por el hombre (cf. ASE cap. VI): "Existe un vínculo de amistad tan grande entre la Sabiduría eterna y el hombre que resulta incomprensible". Es por "el exceso de amor que le dio" que "se entregó a la muerte para salvarlo" (ASE 64). (cf. su referencia a Rm 5:8-9 en ASE 156: "Jesucristo mostró el amor que nos tiene muriendo por nosotros, etc.").

Pero el misterio de la cruz como todo sufrimiento no se disipa por todo eso. Más bien, se espesa

cuando Dios hace la elección. Porque el sufrimiento es un mal al que el hombre se enfrenta, al que los filósofos y las religiones han tratado de encontrar una explicación sin lograrlo nunca -pues no hay ninguna-, contra el que la única actitud digna del hombre es la rebelión para llamarlo, y la lucha para disminuirlo o abolirlo, rebelión y lucha a través de la cual la libertad sigue dando sentido a la vida.

Dios nunca quiere el mal y el sufrimiento ya que hizo al hombre para la felicidad. Pero, aparentemente impotente ante el mal, quería ser solidario con los hombres en su sufrimiento. Esta solidaridad extrema abre una brecha, permite "la esperanza contra toda esperanza" (Rm 4:18). En la cruz, Dios se hizo creíble, en su aparente impotencia, convirtiéndose en el buen samaritano del hombre en su miseria, asumiendo todo el sufrimiento (Is 53:4; cf. Is 53:3.10). De ahora en adelante nada podrá separar al hombre del amor de Dios así manifestado en Jesús crucificado.

...] Dios, al unir en Jesucristo a todo hombre que sufre y lleva su cruz, le ofrece la posibilidad de afrontar la prueba, de humanizar su vida en lo más profundo de su sufrimiento, y así seguir abriendo el futuro hasta el final de su existencia terrena.

"Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros" (Rom 8, 32-39). ...] "Es por Cristo y en Cristo que se ilumina el enigma del dolor y de la muerte que, fuera de su Evangelio, nos aplasta" (Concilio Vaticano II, GS 22). Jesucristo propone a sus discípulos una nueva forma de vida, una sabiduría según Dios.

"Loco por Cristo" (1 Cor 5:10). Como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Teresa de Jesús... como tantos otros, la elección de Montfort es inequívoca. Sufrir y ser despreciado para Cristo, valorar sólo la cruz, implorar a Dios por ella urgentemente (Cf. ASE 177), vivirla día a día.

Montfort ciertamente vivió en verdad lo que San Pablo escribió a los Gálatas: "Yo vivo, pero ya no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2:20). Los santos entienden la cruz. Siguiendo los pasos del hombre Dios, aceptan la cruz de cada día como el bien máspreciado. La aman durante toda

su vida... La cruz es la herramienta indispensable a través de la cual lo divino penetra en el ser humano".

Conclusión

Todos los miembros de la Iglesia están llamados a la santidad (1 Tesalonicenses 4:3; cf. Ef 1:4), en diferentes formas de vida y en diferentes puestos. Bajo la guía del Espíritu y en obediencia al Padre, todos caminan tras las huellas de Cristo, pobre, humilde y agobiados por su cruz, para merecer ser partícipes de su gloria (cf. L.G. 39:41). Cuanto más ocupe Cristo crucificado un lugar en sus corazones y en sus vidas, más se manifestará su santidad. A lo largo de la historia, tales ejemplos de santidad abundan. San Luis María de Montfort es uno de ellos. [...] A través de sus discípulos, continúan recordando a otros cristianos la realidad del sufrimiento salvador de Cristo.

Hermano. Maurice Hérault
*Del artículo "CROIX", Diccionario de la
Espiritualidad Montfortiana, Hermano Jean Bulteau,
p. 327-345.*